

Un toque de frivolidad

ALBERT ROULLIER

Pinturas y esculturas. Galería Quàsars, Manacor. Hasta fines de noviembre.

P.R.

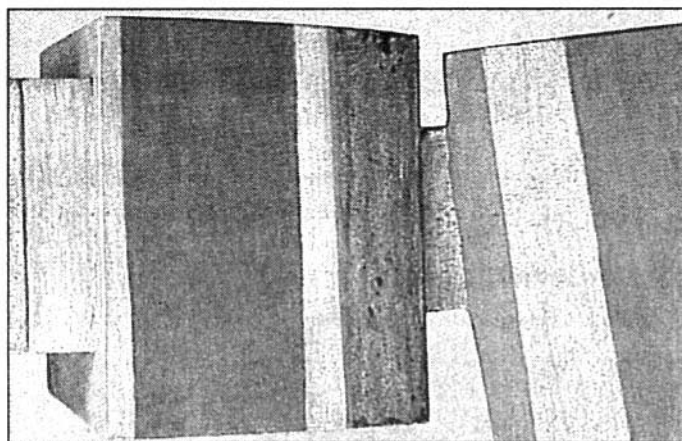
Un nuevo espacio para el arte recientemente abierto en Manacor, la Galería Quàsars, es el marco —excelente por cierto— de una nueva exposición del artista suizo, residente en Mallorca, Albert Rouillier (Ginebra, 1938).

Quizás esta nueva exposición de Rouillier sorprenda por el vital colorismo y la lúdica actitud implícita en una serie de obras que, sobre todo en su concreción tridimensional, tienen mucho del infantil recortable de papel. Si bien esto podría inducir a pensar que se trata de un

proyecto «menor», de una licencia que se concede un artista ya consolidado por no se sabe qué razones, detengamos nuestra mirada para observar un poco más...

Porque, a poco que nos lo proponemos, descubrimos que el artista está jugando, quizás, pero es sobre todo con nuestra mirada, con nuestra percepción y nuestro conocimiento del arte y sus materiales.

Parece como si Rouillier, convencido de que, a menudo, no es una profunda reflexión filosófica, ni una crítica social, ni, tal vez, una obra de arte «puro» la única salida del artista de hoy, y que es, también, necesario un toque de frivolidad, una concesión personal a la experimentación, lo que da sentido al trabajo de un artista (sobre todo cuando éste no



Una de las obras de Albert Rouillier que pueden verse en la Quàsars.

se impone «demostrar»), lleva a cabo un placentero ejercicio de creación de formas de luz y color que, además, le permiten realizar una especie de «trompe l'oeil» a la inversa.

Porque Rouillier juega y manipula nuestra mirada con la especificidad de las armas de la pintura y la escultura. Por un lado, niega, en sus pinturas, esa misma perspectiva pictórica que parece perseguir con los medios más tradicionales de que ésta se

sirve: el damero y las diagonales —que permiten situar los objetos en el plano— y, por otra, utiliza la pintura para dar a la madera de sus esculturas la apariencia del papel, con lo cual pierden mucha de su posible «pesadez».

Finalmente, Albert Rouillier sitúa en la combinación de colores cálidos y fríos —«terrenales» y «espirituales»— el peso del diálogo de las formas con su espectador.